

LA CIUDAD, NÚCLEO DE COMUNICACIÓN

José María DESANTES GUANTER
Catedrático de Derecho de la Información
Universidad Complutense de Madrid

INTRODUCCIÓN

Los autores europeos de las más diversas tendencias —desde Sombart a Dawson— sostienen que la ciudad fue la obra maestra de los griegos. Con ello confirman, mediante otra prueba histórica, que los hombres de occidente no somos sino griegos ordenados por el sentido jurídico de Roma. Esta idea, que no carece totalmente de razón, adolece de no tomar en cuenta todos los fenómenos culturales que se han refundido con el legado greco-latino como, por ejemplo, el poso de los pueblos germánicos a los que los romanos llamaron *barbari*, plural desprovisto en su génesis etimo-lógica del sentido peyorativo que después ha adquirido. Es el nombre que —junto con el de indios— se otorgó a los pobladores precolombinos por los autores contemporáneos del Descubrimiento, como Francisco de Vitoria cuando habló en latín. En concreto, los autores a que me he referido también pasaron por encima de la herencia de las culturas, florecientes o ya decaídas, que habían existido en las tierras del mas allá del *Mare tenebrosum*, tierras en las que también existían ciudades. El ejemplo griego fué el inicialmente más cuajado; pero no el único.

Desde la perspectiva del tema propuesto voy, por eso, a tomar como punto de partida la evolución de la ciudad en el ámbito del *Mare Nostrum*, desde su origen hasta el momento actual.

Cuando McLuhan utiliza la imagen de la aldea global para referirse a la universalización informativa que han permitido los medios técnicos de comunicación; o cuando Brzezinski dice que el mundo es una villa planetaria, no

están sino afirmando —subconcientemente, según parece de los contextos respectivos— que el núcleo básico del fenómeno informativo, como puesta en forma de la realidad y como mensaje que de ella resulta, es la ciudad. El Derecho, que no es otra cosa, en idea feliz de Pieper, que la realidad hecha norma, reconoce —o debe reconocer— el mismo núcleo como base de ese derecho natural que es el derecho a la información.

La ciudad es, a su vez, origen y resultado, alfa y omega, de la necesidad existencial de comunicarse que tiene el hombre, tanto en su dimensión individual cuanto social. Podríamos decir, parafraseando una expresión joánica, que en el principio era la comunicación urbana. El genio de Agustín de Hipona acierta a componer la primera Teología de la Historia que es, a su vez, la primera Teología de la comunicación, haciendo comprender «La Ciudad de Dios» por sus semblanzas y diferencias con la Ciudad terrena.

LA GÉNESIS COMUNICATIVA DE LA CIUDAD

Como otros elementos culturales, la ciudad —tanto elaborada como concepto abstracto por un proceso inductivo, cuanto por lo empírico de su realidad— es un producto mediterráneo que supone la convergencia de varias tendencias naturales del hombre racional.

La ciudad es el acotamiento de un espacio, el establecimiento de un recinto, no para separarse de lo amorfo e indefinido, de lo cósmico o primario, sino para tomar de él las porciones más selectas y, tomadas, fijarlas y pulirlas. La ciudad es un pequeño cosmos, es decir, ordenación consciente de lo vario del mundo, que no es producto de la naturaleza, sino de una fundación extranatural, porque tampoco es algo artificioso o antinatural, dado que tiene como base una reunión de hombres que viven con sus afanes día a día. Es un microcosmos de lo cotidiano. Sócrates, producto urbano por excelencia dirá: «Yo no tengo que ver con los árboles en el campo, yo sólo tengo que ver con los hombres en la ciudad». Y Juan Luis Vives escribirá: «La ciudad no es otra cosa que un convento, en su sentido jurídico, de hombres constituido y corroborado por la ley y la justicia».

Pero si no es una formación de la naturaleza, tampoco es la ciudad, en su origen, un resultado de un propósito teórico, sino la manifestación del pensamiento figurativo griego aplicado a la existencia social. La ciudad se funda *para* algo, tiene un fin que, como todo *telos*, aspira a la *teleiosis*, a la perfección. La ciudad no supone la estabilización de las poblaciones nómadas o la concentración de los habitantes dispersos por el campo simplemente para vivir mejor, sino para vivir la mejor vida posible. El árabe Abenjaldun, en el siglo XIV, une la idea de felicidad a la de ciudad y, con ello, explica que los ciudadanos jamás regresen a la vida trashumante. La experiencia actual de la

fuerte desertización del campo nos dice que el inmigrante tampoco vuelve a la vida rural.

La perfección —utópica o asintótica si se quiere—, comienza por la unión de lo disperso, por la articulación orgánica de los estamentos conforme a su peculiar y complementario modo de vida: la enseña de Roma es *Senatus populusque*, Senado y pueblo, juristas y artesanos, comerciantes y consumidores, *rus* organizada por el *ius*. El hombre clásico —el que tiene clase— siente la evidencia de la concordia, de que, en su raíz, el ser humano tiende a la paz, a la *permanencia en el orden*: en una «orden sosegada», según la bella manera en que lo dirá, transcurrido el tiempo, Fruy Luis de León. De aquí que considere la máxima desgracia la lucha interna entre *cives*, la guerra civil. Arstóteles dirá que «la discordia es la máxima enemiga de la ciudad». En cambio, lo que hoy conocemos con el nombre colectivo de Grecia no es más que la manera de denominar una unión defensiva de ciudades frente al común peligro de Persia.

Mientras los pueblos orientales, en continuo desplazamiento, consideran como virtud esencial la hospitalidad, los pueblos suroccidentales ponderan la *urbanitas*, la urbanidad, el modo de comportarse en la vía pública donde los ciudadanos se conocen y se comunican, lo que se traduce en las ideas organizativas de la urbe. Aparte otros fenómenos importantes que citaremos, en las ciudades griegas, aunque el forastero o meteco no goza de todos los derechos ciudadanos, sí que es titular del derecho a escuchar y ser escuchado. El ejemplo que viene inmediatamente a la memoria es el de Pablo de Tarso hablando libremente del Dios desconocido a los atentos atenienses en el ágora.

En las ciudades romanas se crean los *colegia*, precedente de los gremios medievales. A ellos se afilian no sólo los hombres libres, sino también los libertos y los esclavos. Tal indiscriminación es uno de los indicios de la «plenitud de los tiempos» que encuentra el Cristianismo. Se inicia así la fraternidad de los hombres de distinta situación quiritaria; pero de igual dedicación profesional. Y comienza también algo más importante: la liberación del esclavo por el trabajo o, lo que es equivalente, la dignificación del trabajo como menester de hombres libres.

Los mediterraneos —griegos con la *polis*, latinos con la *urbs*, o cartagineses, ya que Cartago significa, precisamente, la ciudad— necesitan satisfacer la tendencia natural a conversar. Ortega y Gasset recuerda que la palabra más prestigiosa en Grecia es la palabra «palabra», el *logos*, el hablar; la suprema ciencia de los griegos es la dialéctica, la conversación. Su pensador más eminente, no sólo es el autor de la Retórica y la Poética, sino que dedica un capítulo de la Ética, escrita para su hijo Nicómaco, a una virtud que hoy nos puede parecer insólita: el «donaire en el decir» que viene a ser la fluida transmisión de lo que se quiere comunicar, poner en común. «El hombre que lo logra —afirma— será como una ley perpetua para sí mismo». La estimación de la palabra y la comunicación no había ocurrido, en cambio, en las llamadas

ciudades orientales. El mismo Aristóteles comenta que, en algunos barrios y arrabales de Babilonia, no se enteraron de la invasión de la ciudad hasta tres días después de haberse producido.

Por eso la ciudad es, ante todo y sucesivamente, ágora, foro, plaza mayor o plaza de armas: en todo caso lugar de reunión y de diálogo. En la urbe interesan, primordialmente, las fachadas que delimitan este espacio cardinal de la plaza. Detrás de las fachadas están los hogares que, según Fustel de Coulanges, sólo se tienen en cuenta porque nutren de habitantes adultos a la ciudad, de protagonistas y antagonistas al foro, alrededor del cual se estructura el trazado de la ciudad como una cuadrícula racional de calles en ángulo recto. Esa es la forma de las primeras ciudades coloniales americanas, prevista ya en el plan cisneriano de 1513, aunque con ilustres antecedentes: según Estrabón, Hipodamo es el primer arquitecto que imagina la ciudad con calles en ángulo recto alrededor del ágora, como se construyó Rodas y Pireo. En las ciudades romanas de origen castrense, el foro queda localizado por la intersección de los dos grandes ejes —el *cardium* y el *decumanum*— que dividían en cuarteles los castros; y de ella parten todas las demás calles en forma de radios rectos cuyo final determina la localización de las puertas del baluarte. Todavía puede verse ese trazado en la ciudad intramuros de Bolonia. En la Urbe romana, estas calles radiales se prolongaron en las grandes calzadas que recorrieron el Orbe y que todavía hoy se conocen, en la ampliada área municipal, cada una con el nombre de «Vía».

Se edifica la casa para habitarla, ocuparla en exclusiva y vivirla en intimidad familiar; se funda la ciudad para *convivir*, para tratarse, para obtener un espacio físico que permita disponer de un ámbito sociopsicológico necesario para la suficiencia defensiva, logística y convivencial inalcanzable a la *oikos*, a la familia aislada. La ciudad es una comunidad *perfecta*, lo que supone el máximo de terminación o conclusión posible. Y tal perfección solamente se consigue si se logra la comunicación. Guichard dice que la importancia de la comunidad urbana está en función de la integración y participación que consiga como consecuencia de la comunicación.

Esta idea genética comunicativa de la ciudad autosuficiente significa la construcción de un universo a escala reducida. Ya esta reducción supone una perfección: es pensamiento de Gastón Bachelard que poseerán el mundo aquellos que mayor habilidad tengan para miniaturizarlo. Además, y quizá por ello, la reducción que la ciudad supone tiene varios efectos. La ciudad convierte formalmente en pariguales a gentes diversas, añade la condición de ciudadanos a la de hombres, supone un extremo del movimiento pendular entre unidad y diversidad en el que el género humano se debate siempre. Pero la unidad formal no borra las diversidades funcionales, sino que se construye sobre dos de ellas.

La primera es la diversidad de servicios, que caracterizan las distintas profesiones. Platón considera que la ciudad es la comunicación de los servicios

que cada cual es capaz de prestar a la comunidad con lo que se produce una efectiva convergencia, ágil y factible, que contribuye a la unidad ciudadana. Millán Puelles comenta que esta unidad no es rectilínea y estática, sino dinámica y circulatoria, activa y operativa, de tal manera que la «comunidad» se constituye realmente en una efectiva «comunicación» entre los miembros que la componen. De hecho y de derecho, comunidad y comunicación se expresan en Grecia con una sola palabra: *koinoonia*.

Esta «colaboración» o trabajo de todos para todos no es ciega y automática, sino que se produce porque existe una segunda diferencia, quizá más importante que la primera: la diversidad de ideas que alimentan el diálogo y la discusión pluralistas, fundados en un reconocimiento de la libertad de pensar, cuyo consciente ejercicio explica la fecundidad sin precedentes del talento helénico y su trascendencia histórica. Por esa libertad de pensamiento la ciudad es siempre republicana, no admite un jefe único y despótico, uniformador de ideas y de palabras. Cuando esta figura surge y la libertad de expresión no se considera como algo natural, sino como una libertad concedida —no reconocida— y restringible por el sátrapa, la ciudad como tal desaparece, aunque sea capaz de resurgir de sus propias cenizas, cual ocurrió con la Atenas postsocrática.

La política, el arte de intervenir y participar libremente en la vida pública, toma su nombre, precisamente, de la *polis*, antecedente no dimensional de lo que luego se llamará Estado. La política, en su origen, busca la subsistencia de la ciudad y su consolidación para evitar el doble peligro de la revolución o de la dictadura. Busca, en la diversidad, su equilibrio o asiento, su *status*, que no impide, sino que postula su dinamismo interno. La idea abstracta de Estado tiene su inicio en el conocimiento empírico de la ciudad elevada a situación estable de un territorio más o menos extenso rodeado de fronteras en lugar de murallas. Esta cohesión ciudadana es la que permite acumular fuerza centrífuga suficiente para la conversión de la urbe en orbe, como ocurrirá con la metamorfosis secular de Roma. La decadencia de la urbe, por factores corrosivos anticívicos, lleva incoada la del Imperio como forma monárquica y absoluta de gobierno. Pero la multiplicación e importancia de las ciudades como consecuencia de la fragmentación del Imperio, permite obtener, por generalización, una idea abstracta de ciudad que hoy podemos utilizar.

La ciudad, precisamente por su unidad, tiene un marco de influencia recíproca con el medio natural que la rodea. Bajo los modales urbanos sigue existiendo la fuerza germinativa del agro, el sentido común del labriego. La ciudad devuelve al campo este préstamo sin plazo con la creación de colonias o pequeñas ciudades hechas a imagen y semejanza de la metrópoli y con los mismos derechos para sus ciudadanos. Cuando se pretende concentrar esta fuerza vital en la ciudad y desciende el nivel de su entorno, se abre un abismo entre campesino y ciudadano, se olvida la región excepto para parasitarla y vivir de ella. La raíz de la ciudad está en el terruño, en los hombres que le sumi-

nistran los elementos naturales para su subsistencia y sus manufacturas. Si la ciudad se aísla de las fuentes de la vida material y espiritual y consume más de lo que adquiere, acaba consumiéndose a sí misma. Recíprocamente, si el paradigma de comunicación, que es la ciudad, no se extiende a toda su zona de influencia, la ciudad engreída, encerrada en su perímetro, se agosta.

Si es diverso el componente interno urbano, también son diversas las ciudades. Es necesario, en los periodos más fuertemente participativos, buscar el modo de relación de unas urbes con otras. El pluralismo interno, la agilidad de la comunicación entre los ciudadanos, facilita la instalación de cada ciudad en un conjunto de *polis*, el diálogo entre ellas y su influencia recíproca. La prevalencia de unas ciudades sobre otras, de Atenas sobre Esparta, por ejemplo, se da por la supremacía cultural, que se manifiesta, sobre todo, con el ejercicio libre del derecho a participar, consecuencia del derecho a comunicarse.

DEGENERACIÓN Y REGENERACIÓN DE LA CIUDAD

La decadencia de la ciudad clásica aparece como consecuencia de las invasiones del norte europeo. La idea de comunidad y comunicación queda concentrada en la sólida vida familiar germánica. Las clases dirigentes, curtidas en la campaña, se ahogan en la ciudad y se dispersan para dedicarse a la caza y mantenerse en forma para la guerra. Los animales salvajes, y entre nosotros el toro bravo, son buenos frontones para endurecer los músculos y adquirir destrezas marciales. Se prefiere el aislamiento rural a la convivencia ciudadana y se edifican torreones, castillos, fortalezas defensivas y ofensivas aptas para vivir acantonado o encerrarse al menor peligro. Caduca el valor igualitario de lo cívico que se supedita al jerárquico de feudo. Se ignora socialmente a los burgos decadentes y se desprecia a los burgueses como casta menor de artesanos y mercaderes. Las ciudades se vacían de vida intelectual que queda clausurada en los monasterios instalados, por precepto fundacional, en paisajes apacibles extraurbanos y con un régimen razonablemente autonómico. La anterior relación cívica entre gobernantes y gobernados deja de ser semejante a la de la trama y la urdimbre de un tejido para convertirse en Señorío, una forma híbrida de situación de poder, fundada a la vez en la propiedad y en el gobierno. Todas estas circunstancias configuran un panorama histórico privado de la luz de la comunicación que ha llevado a los autores, desde diversas ciencias, a considerar y llamar a la Alta Edad Media como la Edad Oscura.

Cada ciudad se ve aislada de las demás por las barreras señoriales que imponen portazgos y pontazgos y va adquiriendo de nuevo un aspecto defensivo frente a los poderes rurales. En la *pax romana* habían perdido su función las *civitates firmae*. En la Edad Media vuelven a fortificarse y dan lugar otra vez a la ciudad amurallada. El recinto cerrado y limitado axiomáticamente en su extensión, hace que las casas reduzcan su solar y crezcan en altura, que se es-

trechen las calles hasta tocarse los aleros de los tejados y que, al aprovechar todos los espacios existentes, se retuerzan perdiendo la armonía geométrica de la ciudad racionalizada. El núcleo de unión deja de establecerse en la plaza; pero se conserva junto al templo. La parroquia o iglesia principal tiene como titular al patrón de la ciudad y alberga en sus atrios las reuniones del Concejo abierto, reliquia del sentido participativo de los ciudadanos.

La ciudad, como idea generalizada, se adaptó a las circunstancias de espacio y tiempo, a la vida natural de la región y a su tradición cultural. En las comarcas frías y lluviosas aparecen las plazas y calles mayores porticadas. En las soleadas, las plazas abiertas dispuestas, como el Coliseo romano, para que, al menos en las festividades, se extiendan, como velas de navíos, toldos que preserven de los rayos fébicos a las reuniones religiosas o cívicas en las que se habla.

Un pueblo, que habita en una ciudad, es una suma de deseos, de intereses y de inteligencias. Mientras conserve plena consciencia del doble lazo que supone su vinculación con la naturaleza y con la historia, existe esperanza de regeneración por grande que haya podido ser su degeneración. Cuanto más fuerte persista la conciencia viva que resulta de la comunicación recíproca, mayor es la unidad social, la solidaridad, la fuerza de la comunidad ciudadana que no ha olvidado que la ciudad es la esfera en la que se desarrolla su libertad. A través de fueros y privilegios obtenidos de la realeza, las ciudades van adquiriendo autonomía, titularidad de derechos, exención de jurisdicciones y tributos señoriales. La idea entrañable y ciudadana de independencia va extendiéndose interna y externamente. La libertad de la ciudad es la libertad de todos, en el sentido de cada uno, de los ciudadanos.

Los reyes se valen de las ciudades, en su afán de reducir el poderío de los señores. Ya Alfonso el Sabio, en el Siglo XIII, dice en el Código de las Siete Partidas : «Los ciudadanos son el tesoro de estos Reinos». Y las ciudades, gobernadas por Consejos, se apoyan en los reyes para recuperar su prestancia, su seguridad física y jurídica. De esta manera, los ciudadanos o burgueses van convirtiendo el valor cívico en patriotismo —«naturaleza» le llama el Código alfonsino— o vínculo de cada uno con el Rey, sin el intermedio del Señor. La idea de pueblo se extiende a la nobleza montaraz y adquiere una generalidad que deja sólo fuera de ella al Rey mismo. Ante esta remodelación espacial y jurídica, los nobles van abandonando el campo y construyendo sus palacios en los burgos. La fuerza creciente de la ciudad se apoya, además, en su conversión en centro económico porque en ella se celebra el mercado: muchas calles de ciudades europeas rememoran todavía esta dedicación, como también recuerdan la de los gremios. La tensión bélica externa —con la excepción discontinua de la Reconquista española— se debilita y se sustituye por una época de trabajo, de vida ciudadana constructiva. Las justas armadas se transforman en juegos florales donde lucen su inspiración primero bardos y trovadores; después los burgueses, cada vez más cultos; por último, los mismos nobles.

La caballería ya no es un signo agreste y bélico, sino formal y urbanizado. El caballero vuelve a ser ciudadano; y muchos ciudadanos, a veces ciudades enteras, adquieren títulos de nobleza o de hidalguía. Las mismas ciudades, como los héroes, reciben honores y distinciones, que campean todavía en las leyendas de sus escudos de armas, que han dejado de ser un instrumento defensivo para convertirse en un signo emblemático.

La ciudad, cada vez más fuerte, proyecta su influencia a la comarca, a la región e incluso al reino. Los Fueros que Jaime I dió a mi tierra se titulan *Furs de la ciutat y regne de Valencia*. La ciudad extiende al reino hasta su propio nombre. El prestigio de la ciudad va saturando su zona de influencia. Y esta zona se cubre de redes de comunicación en abanico, cuyo centro vuelve a ser la ciudad.

La ciudad no sólomente es ya el origen de las comunicaciones, sino también su cauce. Puede verse esta función en las ciudades con puerto de mar adonde llegan, junto con las mercancías de los navíos, las noticias que dan lugar a los primeros papeles más o menos periódicos. «Los caminos del mar — dirá Dawson— han constituido la red de comunicaciones de la civilización europea, pues han armonizado la independencia local con el incentivo del cambio comercial». Las ciudades hanseáticas alemanas, las ciudades nautas italianas o las mediterráneas francesas o españolas son las cunas del periodismo escrito primero por calígrafos y, más tarde, impreso. Los comerciantes, los buhoneros y la literatura de cordel se encargarán de difundir las noticias a toda la zona de influencia propia y a los territorios interiores que enmarcan a núcleos de población que pueden llamarse comunicativamente sufragáneas. Al tiempo, las ciudades interiores marcan los puntos de cruce de las rutas: alguna de ellas, Estrasburgo por ejemplo, significa ciudad de los caminos. Y, con los caminos, son el punto de convergencia de los mensajes comunicacionales.

Esta evolución, seguida en su médula sustancial y a grandes rasgos, no está exenta de excepciones, de luchas a veces cruentas en las que hay derrotas y victorias. Es la turnante manifestación humana del conflicto y el consenso. La resultante, empero, al llegar la Edad Moderna, es el pleno renacimiento de la ciudad. Este final radiante coincide con la época del Descubrimiento y no es ajena a él como concausa. Sevilla, Salamanca, Valladolid, Valencia, Granada, Segovia, son ciudades que están en la base, cada una con sus propias características y medios, del patrocinio real de la aventura colombina.

LA PROYECCIÓN CULTURAL DE LO CIUDADANO

Aunque la ciudad no derriba las murallas hasta muchos siglos más tarde, se abre al exterior intelectualmente. Las Colegiatas y las Catedrales, situadas en las sedes episcopales, van asumiendo y coordinando la cultura aislada de los monasterios. Las órdenes mendicantes, a diferencia de las monacales, son

primordialmente urbanas. Los conventos nacen en las ciudades o en las zonas suburbanas y los conventuales más brillantes cooperan a la sedentarización de los saberes y al replanteamiento urbano. El franciscano Francesc Eiximenis, en vísperas del Renacimiento, replantea al modo hipodámico la «ciudad ideal».

La transmisión de la ciencia se institucionaliza en un miembro del Cabildo al que se llama Magistral. Las catedrales albergan un aula que, a medida que es necesario ensancharla, adquiere el apellido de *magna*, donde está el origen inmediato de la institución académica. La ciudad se va convirtiendo en foco de cultura y ciencia que pronto rebosa de las Catedrales y promueve una institución, trascendental en la Historia humana, también de creación mediterránea: la Universidad.

En su origen, el nombre de *Universitas* no se refiere al dato objetivo de universalidad de saberes que se le dio posteriormente, sino al subjetivo de asociación, de *universitas personarum* o persona jurídica de base colectiva humana a cuya formación tan proclive es la ciudad. Porque también, como siempre, las Universidades nacen del conflicto de las fraternidades de estudiantes y de profesores con los Cabildos o los Magistrales que habían extendido su jurisdicción desde los estudios particulares de las Aulas magnas de las Seos a los Estudios Generales, separados ya por razones de capacidad de las Catedrales, y llamados así porque ya no sólo estudiaban ciencias eclesiásticas los tonsurados o tonsurantes potenciales, sino todas las ciencias del momento por todos los que quisieren y pudieren aprenderlas y enseñarlas. En esta lucha instauradora se distingue la Ciudad que defiende y patrocina la erección de su Universidad y aboga en su favor para obtener las oportunas bulas pontificias y las licencias reales. Las Universidades llevan el nombre de la ciudad en que han nacido y las ciudades universitarias cobran un prestigio e irradian una influencia hasta entonces desconocida en su medio y en otras ciudades. Se establece un plexo de comunicación universitaria de la ciencia entre ciudades geográficamente muy distantes, unidas por el latín como idioma universal de la ciencia académica y de la cultura ciudadana de alto nivel.

La Universidad, con su aspiración siempre insatisfecha de profundizar en las fuentes de la ciencia para llegar a la sabiduría, se constituye en la vanguardia de la sociedad urbana, de una sociedad que, hasta entonces, había sido la unidad primaria de cultura. Y ello en una triple dirección. Primero, hacia el mismo colectivo de ciudadanos. Segundo, hacia la comarca o región a la que se extiende el influjo de la ciudad. Tercero, hacia el Mundo, hacia el Universo, lo que va cambiando hacia un significado objetivo el originario nombre asociativo de *Universitas*. Y ello contribuye a que la Universidad sea el foco hacia el que convergen las inquietudes, necesidades e incertidumbres de los hombres que, filtradas a través de su naturaleza crítica y elevadas a sucesivos planos de abstracción, van deduciendo soluciones que fecundan, sucesivamente, la vida misma de la ciudad, la del agro que la circunda y la del mundo co-

nocido. Las Universidades que han persistido de las que inicialmente se fundaron, son las que supieron ser fieles a su origen; arraigarse en el medio en el que nacieron; y traducir su esfuerzo intelectual en conclusiones científicas de valor universal *hic et nunc*, con lo que fueron adquiriendo un prestigio que atrajo a maestros y alumnos, a benefactores y mecenas.

Cierto que la solución de problemas lleva consigo la apertura a nuevos horizontes cuestionables. Pero cierto también que, cuando el Mundo se ensancha, el contraste de las soluciones científicas con la realidad hasta entonces conocida, permite acumular una experiencia secular a disposición de las nuevas realidades problemáticas. Entre ellas la de la misma Universidad. Cuando, propiamente hablando, en España solamente existen cuatro Universidades en pleno florecimiento, se crean las tres primeras en las tierras recién descubiertas y en las ciudades recién fundadas o refundadas a semejanza, como las españolas, de la Universidad decana salmanticense. La ciudad, que había sido la unidad primaria de la cultura, concentrando el *sensus communis* aldeano, ascendiendo grado a grado a alturas superiores de civilización ya totalmente original de la *cives*, pasa a ser también el foco que irradia la ciencia. La supresión de Universidades en el Siglo pasado, determina la decadencia más o menos rápida de sus sedes ciudadanas. Por el contrario, hasta la creación reciente de Universidades en casi todas las capitales de provincia y en alguna otra localidad, el *Alma mater* constituye la añoranza, la aspiración y la reivindicación constante de las ciudades que no las tienen.

Lo que convierte la cultura en civilización es la autosuficiencia, la perfección, lo que hoy llamaríamos el confort en un sentido inmaterial, la vida intelectual de la ciudad. Cultura es una voz de origen agrícola: equivale a cultivo, desarrollo natural de las semillas o de los acodos, ayudadas por los cuatro elementos naturales —calor, agua, tierra, aire— y por el trabajo del hombre. La idea de cultura se extiende de cultivo de la tierra a cultivo de la capacidad intelectual y moral del hombre mismo: educar, de *educere*, no es más, ni menos, que sacar lo que hombre lleva dentro. Y el elemento ambiental más propicio para esa maduración interna fué la ciudad.

La civilización es la cultura refinada por la *civitas*, el conjunto de mentefacturas que la ciencia produce y que la técnica aplica a la vida ciudadana. Sólo es natural en su causa eficiente, que es la inteligencia humana; artificial, racional como la ciudad, en su proceso y en sus resultados. Pero la civilización ha tenido su raíz en la cultura y no puede olvidar su origen cósmico. Porque lo que hace posible genéticamente a la ciudad, lo que hace homogénea su convivencia pacífica, no es la civilización, más o menos común a otras ciudades, sino la cultura. Más precisamente todavía, su cultura que es lo que la identifica.

La identidad cultural es difícil de definir porque, como ha dicho Arfwedson, no es una característica fija representable en un cliché, sino algo vivo, es decir, algo que se vive. Finkelraut la llama «principio vital» de la personalidad

individual y colectiva que inspira las decisiones, las conductas y aquellos actos que consideramos como más auténticos. La identidad de las comunidades como la personalidad de los hombres— indica que tienen algún rasgo diferenciado, no común con las demás de su especie, lo que ha llevado a Christin a proclamar el «derecho a la diferencia». La identificación con esta identidad es la que evita la «alienación» o «colonización» cultural.

Bien entendido que una cosa es el imperialismo cultural que produce una uniformación en los hombres y otra la transnacionalización de la cultura que se conjuga con la fidelidad a lo auténtico, suscitando una nueva creatividad: el enriquecimiento de la cultura autóctona o ciudadana se da tanto por el dinamismo interno cuanto por la elasticidad de la tradición y por su adaptación a lo recibido de fuera. Una cosa es la influencia y otra la imposición que, de un modo u otro, se acusa como algo que impide la libertad. La resurrección de los pueblos de Europa desde la muerte aparente a que los condenó el régimen comunista es un ejemplo vivo y contundente.

Pero la identidad cultural no es un valor arqueológico. Toda la herencia cultural que puede tener el hombre o la comunidad ha constituido como un gran banco de datos susceptible de operar en cualquier momento. Por eso, en idea de Launay, tienen más aprecio por ella los que conservan más memoria, las personas de edad en las que aumentan las «pulsaciones humanas». Pero a la edad todos llegan. Y tanto la tradición cuanto la asimilación se han recibido o se transmiten por los medios de comunicación social que han incentivado la propia creatividad. La armonización de este equilibrio entre lo extralocal y lo ciudadano ha sido el gran reto informativo desde el Despotismo Ilustrado hasta el momento actual. Y se presenta como un problema soluble, pero difícil, para el siglo XXI con la tecnificación y penetrabilidad de los medios. Los más optimistas, como Tremblay, creen que se perderán, quizá, batallas, pero se ganará la contienda. Los estudios de Tudesq demuestran que ni la concentración de las empresas informativas, ni la irrupción de las multinacionales dañan a la información local, más bien la favorecen directa o indirectamente. Las telecomunicaciones convierten a la ciudad en una gran neurona de la comunicación desde la que se gobierna el paso y la distribución de servicios y se inyecta en ellos la información local. Corijou considera que la tecnificación, gobernada desde la ciudad, hará ganar a la información en fluidez, neutralidad e independencia.

Todo ello a condición de que la información cumpla su fin de satisfacer un derecho fundamental, con todas las consecuencias que de tal función se deriven por los titulares de tal derecho. El tema incluye, sobre todo en cuanto a las fuentes institucionales, el de su fluidez o transparencia. Hasta en los regímenes de Administración más cerrada, como el napoleónico, vigente en Francia hasta fechas recientes, se exceptuaba de la reserva a la administración municipal.

En cambio, es un fenómeno estudiado con detenimiento que la revitalización de los medios de alcance local en Francia se debió a la revolución univer-

sitaria de mayo de 1968, a pesar de su origen centralizado. Sin que suponga una valoración total del fenómeno y del comportamiento revolucionario, lo que hay que destacar aquí como positivo es que fué contra la desinformación uniformadora de la prensa de difusión estatal. Se buscó entonces en los medios locales el último resto posible de la diversidad, de un pluralismo contrario al conformismo; se pretendía hacerse entender en un lenguaje nuevo por lo permanente o corriente que el marasmo de los medios nacionales había sofocado; se volvía a unas raíces olvidadas, subestimadas o aplastadas por el rodillo jacobino. Así ha ocurrido después con otros movimientos más pacíficos, pero más permanentes, como los ecológicos, los de consumidores, usuarios y contribuyentes, los justiciables, los feministas, los deportivos partidistas, los sindicales, etcétera. Entre las razones ya expuestas, porque han tenido un acceso más fácil a los medios a mano. Wackermann se refiere, por eso, a la responsabilidad de los circuitos de información locales en la estabilidad o desestabilización del mundo urbano o rural. Como ha afirmado Deutsch, en ningún nivel se manifiesta más la influencia del llamado «cuarto poder», que en la información local en el sentido amplio que aquí le hemos dado.

Es cierto que la identidad no se da tan sólo en lo local. El fracaso de muchos proyectos y la reacción de los pueblos frente a ellos, aparte de motivos técnicos, se ha producido por el apresuramiento de querer construir sin cimentar en un sentido unánime o mayoritariamente comunitario de los núcleos humanos afectados. No se ha cuidado suficientemente el convencimiento de su identidad cultural excepto en un número selecto de mentalidades. Tiene razón Toussaint cuando dice que cada público tiene la prensa que merece. Pero, en reciprocidad, es la información la que consigue esa integración cultural que, en frase atrevida de Jarren, es tanto la «previsión del pasado» cuanto la «memoria del futuro».

Se ve la coincidencia del propósito de paz con el que guió la idea de ciudad. En todo caso, la identidad de las comunidades más pequeñas se muestra más claramente que la de las grandes que las incluyen. Europa ha podido definirse como una gran comunidad de ciudades. Todas ellas tienen algo de homogéneo en su origen y en su desarrollo. Pero cada una tiene su propia identidad cultural, que no se ha borrado a pesar de los siglos de uniformización estatal. La identidad crece proporcionalmente a la localización. Entre otras cosas, porque es más fácil el intercambio comunicativo en un medio local que en un medio continental, aunque la Europa comunitaria, se considere a sí misma, con una cierta modestia dimensional, tan sólo como un cabo de Eurasia.

LA DESAPARICIÓN COMUNICATIVA DE LA CIUDAD

Volviendo a los trazos históricos, se puede decir que la ciudad barroca es una solución puente entre la ciudad clásica y la actual. De la clásica toma la vida comunitaria con los gremios, los colegios profesionales, la Universidad,

el orden y la medida. Se acerca, empero, a la actual con la construcción de edificios ostentosos, la pérdida de importancia de la plaza en favor de la gran avenida para dar perspectiva a las construcciones suntuosas, la creación de jardines extraurbanos que se rodean pronto de barrios residenciales o suburbanos. La megalomanía del poder en el Despotismo Ilustrado acaba reduciendo al mínimo la estructura comunicativa de la ciudad.

La revolución política primero y la industrial después rompen definitivamente el trazado urbano y la proporción armónica de los elementos sobre los que la ciudad se encuentra. Esplendores aparte, es lo que ocurre con el París napoleónico o con la Roma musoliniana. Se abolen las corporaciones gremiales, que habían ornado los núcleos de encuentro ciudadano, como en la *Grand Place* de Bruselas; y sobreviene de nuevo un factor de inseguridad: el del trabajo de los antiguos agremiados. El mercado de libre competencia se extiende desde las mercancías a algo que heterodoxamente se considera también mercancía, que es el trabajo. Aumenta la población inmigrante porque también la ciudad se olvida de su entorno si no es para obtener los productos naturales al mejor precio posible. Aparecen zonas que recuerdan a la producción tumoral de los organismos vivos y que es necesario urbanizar y dotar de servicios *a posteriori*. Se crean las megalópolis cuyas características principales son su falta de concepción formal proyectada hacia el futuro y el olvido del sentido histórico de la creación y evolución de la ciudad.

La comunicación, origen y sostén de la ciudad desde Grecia hasta hace siglo y medio, pasa a ser un problema añadido menos prioritario que el abastecimiento o la circulación. La comunicación local, por otra parte, se enrarece cada vez más desde el momento en que aparecen núcleos estatales de poder centralizadores de la información que dejan en evidente debilidad periférica a las ciudades que no son capitales de Estado, sino simples colonias, ya no en el sentido griego o romano, sino en el de imperialismo informativo. Los franceses han acertado a decirlo muy bien con la expresión «Lutetiotropismo informativo». Entre nosotros, se ha podido decir que España tirita cuando hiela en Madrid que pasó de Villa a Corte sin haber sido nunca ciudad.

EL FUTURO DE LA COMUNICACIÓN CIUDADANA

Sin embargo, la verdadera naturaleza de las cosas se impone. Si la ciudad nació para la comunicación, quiere decir que será tanto más ciudad cuanto más en ella se de la comunicación interna y con su periferia natural. Existe una relación de reciprocidad lo mismo que para toda vinculación comunidad-comunicación: ni la ciudad puede soslayar el problema existencial de la comunicación local, ni la comunicación local puede llevarse a cabo con la suficiente *fluidéz* sin contar con la ciudad. Tiene razón Eugenio D'Ors cuando dice que la ciudad es la comunidad epifánica por excelencia.

Al hablar hoy de la fenomenología de la información en la ciudad, hay que referirse no sólo la información propiamente urbana, sino también a la infraurbana de los barrios, zonas residenciales o suburbiales; y a la supraurbana, la de las zonas de influencia comarcal o regional. Naturalmente, que la comunicación urbana es la que tiene mayores flujos de información, aunque los medios audiovisuales han establecido una cierta proporción. Spengler y Toynbee coinciden en que la expansión progresiva de la zona de comunicación es la característica principal que marca los niveles ascendentes de cultura.

Si bien nos fijamos, en la historia de la ciudad como organización comunicativa, la información no ha constituido el acotamiento de los mensajes al área urbana y suburbana, sino al contrario. Desde siempre, la comunicación de origen local, lejos de ser aislacionista, se ha expandido hacia el universo. Olimpia, como sede de los juegos que llevan su nombre, irradió la noticia y la idea de competición a todo el orbe conocido: recuérdense las analogías paulinas para explicar la vida ascética. Delfos fué un centro vivo y vital del espíritu religioso encarnado en el oráculo, que heredaron los augures, y que se elevó a dosis notables de espiritualidad con el culto dionisiaco frente al hedonístico. Cos es un ejemplo de irradiación de la ciencia y de la deontología como punto neurálgico de la filosofía y la moral médicas de Hipócrates. Así debe ser. Todo acontecer, externo o interno a la persona humana es un acontecer local, a partir del cual se generaliza, adquiriendo un radio de acción menor o mayor hasta hacerse universal.

Si la vida local ha perdido muchos de los medios de comunicarse de que ha dispuesto otrora, como los pregoneros, los serenos, las campanas en su función no litúrgica o, más recientemente, los circuitos perifónicos, también ha mantenido otros, como las publicaciones impresas, institucionales o no, que mantienen su primacía en el influjo social. Pero ha ganado muchos, como el cine, la radio y la televisión por onda o cable, el vídeo, el cartelismo electrónico, los medios autoprogramados, etcétera. Además de otros medios alternativos o complementarios, como las pintadas, los megáfonos, las reuniones de edificios o escaleras, el video comunitario, las visitas puerta a puerta, etcétera. En todo caso, no se trata solamente de editar, emitir o exhibir medios de origen local sino de «ocupar el terreno», en frase de Mingot, en medios supralocales para la información de origen local y trascendencia para los mecanismos de funcionamiento de la vida comunitaria local. Se nos presenta, pues la información con multitud de medios de comunicación que, prescindiendo de su titularidad, dan cauce a las corrientes comunicativas que nos ocupan. Lo que obedece, según Pierre Albert, a una necesidad existencial de los ciudadanos que viven y participan en esta comunidad; por empobrecida —añade Mabilau— que haya sido o se haya intentado que sea su conciencia comunitaria y como reacción en su favor.